

ÁLVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

UN GRAN PECADOR SE CONVIERTE EN UN GRAN SANTO



VIDA DE
SAN FRANCISCO DE SIENA

1º.- ¿Es posible?

La misericordia de Dios es tan grande, infinita y espléndida que los peores pecadores podrían convertirse en los mayores santos si pidieran de corazón perdón, se convirtieran y empezaran una nueva vida con Dios, según la promesa de la Escritura: *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia* (Rm 5, 20).

Alguno habrá que diga: “Si, supuestamente esto es así. Pero en la vida real no ocurre. Un gran pecador no será nunca un santo”. Quien así habla desconoce el poder de la misericordia de Dios. Sus promesas no son meras teorías. Son verdad. Ha pasado miles de veces a lo largo de la historia. Dios es tan misericordioso que es capaz de convertir en grandes santos a los mayores pecadores si éstos se arrepienten y vuelven a Él. Veamos un caso real de entre muchos que podríamos ofrecer para probar con hechos lo que Dios nos ha revelado.

San Francisco de Siena es uno de los santos más desconocido. Y sin embargo su historia es toda una confirmación del poder de la misericordia de Dios. No podemos encontrar ningún otro personaje que desde joven haya llevado una de las vidas más pecaminosas que se conocen y que después haya sido canonizado por la Iglesia, siendo propuesto como modelo de santidad para todos los fieles cristianos.

2º.- Una vida de pecado

Francisco nació el 3 de diciembre del año 1211 en Groti, una aldea de la Toscana, a seis millas de distancia de la ciudad de Siena. Sus padres procuraron criarlo con mucho amor y enseñarle la virtud. Lo enviaron a un conocido suyo para que aprendiera letras pero no hubo manera: las malas compañías y el mal carácter del niño no le hacían avanzar en los estudios. Los padres se lo volvieron a traer a la casa dándole el oficio de curtidor. Pero Francisco ya apuntaba a otra dirección y aprovechaba todos los momentos posibles para juntarse con lo peorcito del lugar y empezar a hacer sus primeras maldades.

En esto murió su padre, que era quien más lo tenía a raya. Aquello fue desastroso. Francisco, viéndose más libre, se dedicó a juntarse con ladrones, jugadores empedernidos, rufianes, mujeres perdidas.... Se pasaba el día en las tabernas y en las casas de prostitución. Como no tenía demasiado dinero para pagar estos vicios todo lo conseguía robando en un sitio o en otro. No admitía ni un solo consejo bueno y de ninguna manera quería oír hablar de Dios o de recibir los sacramentos. Sólo entraba en la Iglesia para ver o intentar seducir a algunas de las mujeres que su insaciable apetito vicioso le hacía desear. Los hombres casados le temían pues

conocida era su fama de conquistador y no le detenía el saber que una mujer era casada.

Su madre, incapaz de sujetarle y llena de amargura por lo que veía, murió de dolor. Ni siquiera esto conmovió a Francisco el cual, ante la desgraciada muerte de su madre, tan sólo comentó:

-Ya desde hoy haré mi voluntad más a mi gusto; pues se murió la mala vieja de mi madre, que en todo me era contraria.

Y así fue: desde ese momento sus maldades crecieron y crecieron más y más.

3º.- Pierde los ojos

Por aquel tiempo hubo una guerra entre las ciudades de Siena y Orbieto. Francisco se metió a soldado: pero bien pronto se demostró que lo hizo únicamente para seguir con sus vicios y su disipada vida. Se entregó mas que nunca al juego, y adquirió la feísima costumbre de blasfemar contra Dios a cada momento. Quitaba las mujeres a sus maridos, robaba en las haciendas, se juntó con una pandilla de bandoleros y llegaron a asesinar a algunas personas a las cuales querían robar. Usaba distintos disfraces y barbas postizas para engañar todo lo que podía y conseguir sus malvados objetivos.

Una noche el vicio le llevó a una auténtica locura. Habiéndose sentado a jugar, y habiendo perdido todo el

dinero y hasta el traje que llevaba, señalando a sus ojos dijo a los jugadores:

-¿Hay quién quiera jugarme estos ojos? Porque descreo de quién los hizo.

Dicho y hecho. Se jugó sus ojos y los perdió. Así que lo dejaron ciego. Inmediatamente fue expulsado de la fortaleza en la que estaba (¿para qué querían a un soldado ciego?).

4º.-Conversión

Y justo entonces llegó el momento de la gracia. Repentinamente Francisco entró dentro de sí y vio todo el mal que había hecho y todo el pecado que tenía ennegrecida su alma. Sin perder tiempo hizo una confesión general de toda su vida, de todas sus maldades, y empezó a reparar, en la medida de lo posible, el mal cometido. Vendió toda su hacienda y la repartió entre aquellos a quienes había robado. Comenzó a vivir una vida de suma pobreza, oración y penitencia. Hizo voto de ir andando en peregrinación al sepulcro de Santiago Apóstol, en España. Cuando comenzó dicha peregrinación la vista (milagrosamente) se le aclaró un poco, lo suficiente para no necesitar lazarillo.

Justo antes de llegar a Compostela se le acercó un hombre de su misma edad, vestido de peregrino, que se

ofreció a acompañarlo. Cuando Francisco le contó su vida este hombre le dijo:

-¡Oh ciego miserable! ¿Presumes que tan feos y abominables pecados se han de borrar en esta romería? ¿Cuatro pasos que das han de abrir paso al perdón de tantos delitos? Si por un pecado solo echó Dios a los ángeles del cielo y al hombre del paraíso, ¿tú confías que hallarás perdón, teniendo tantos?; buena es la confianza en Dios, pero la demasiada es especie de locura...

Francisco pensó que este hombre era el mismísimo demonio que intentaba tentarle de no tener esperanza en el perdón de Dios. Así que, sin hacer caso, volvió a arrepentirse de todos sus crímenes e hizo el propósito, nada más llegar a Santiago, de volver a hacer confesión general.

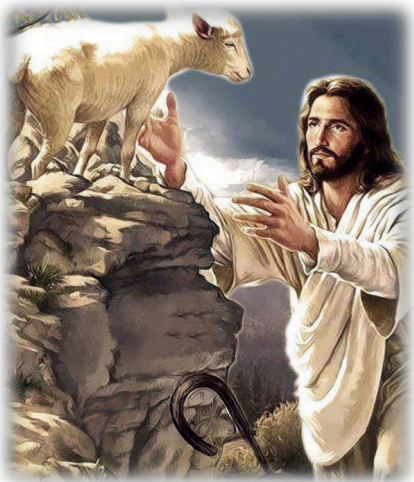
5º.- Vida de reparación

Después llevó una vida más y más penitente, golpeándose con frecuencia las espaldas hasta sangrar en expiación por sus pecados. Fue tanta la oración y la penitencia que hizo que acabó entrando en una orden religiosa, la Orden de los Carmelitas. Allí vivió de forma santa y ejemplar hasta el 11 de diciembre de 1291, fecha de su muerte, a los ochenta años de edad. Se distinguió sobre todo por su espíritu de oración y por sus

penitencias y disciplinas, tan terribles que hasta los religiosos más austeros se sorprendían al verlas.

He aquí el Evangelio puesto en práctica. He aquí un caso (y no ha sido el único) de cómo una persona que estaba metida en los peores pecados ha podido salir de ellos y ha acabado alcanzando la santidad.





¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el Cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse (Lc 15, 3-7)

Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

* www.consagrationalavirgen.com

* Canal de Youtube ADJEMA (*Ad Jesum per Mariam*)